

UN SUEÑO CASI INALCANZABLE

Me llamo Daby, soy senegalés pero vivo en Tenerife desde hace ocho años. Estoy muy asustado porque al fin llegó el día que llevo temiendo y en el que intento no pensar desde hace cierto tiempo, es el día de mi dieciocho cumpleaños. Ya no tengo derecho a permanecer en el cetro de menores pues he cumplido la mayoría de edad, me han arreglado los papeles y van a echarme, me siento perdido, desconcertado, no sé que voy a hacer ahora, ¿dónde viviré? Y ni siquiera se si podré encontrar un trabajo.

Conozco otros, que al igual que yo lo dieron todo para salir de la pobreza de nuestros países y cruzar el océano, vendieron sus tierras, casas y animales, dejaron atrás sus familias, amigos e incluso estuvieron a punto de morir solo para alcanzar “el sueño europeo” para al final acabar durmiendo aquí en las calles con, a veces, menos de una barra de pan a la semana.

Queríamos una vida mejor, ayudar a nuestras familias y en lugar de eso nos encontramos con más y más miseria.

Todo empezó hace ocho años, yo tenía diez y mi hermano Saer catorce, ambos cuidábamos de Sira nuestra hermana pequeña de tan solo cinco años. Vivíamos en una choza que había construido nuestro padre antes de nacer nosotros. Ahora la manteníamos en pie entre mi hermano y yo, ya que nuestros padres habían muerto de malaria hacía un año y nuestros hermanos mayores, Adama y Amy se habían casado y ya no vivían con nosotros.

Trabajábamos todo el día en la recolección de leña, olivas, semillas, cacao y cuando no había ninguna otra opción incluso en las minas... nos valía cualquier cosa pues teníamos que alimentar también a Sira. Recorríamos doce kilómetros cada vez que necesitábamos agua y lográbamos sobrevivir con menos de seis euros a la semana por cada uno, además debíamos guardar parte del dinero para algún día poder viajar a España, a ese maravilloso lugar que creíamos que era, pero el viaje en patera costaba mil euros por persona. Saer consiguió que un hombre nos lo rebajara a mil euros por los tres e incluso que pudiésemos pagar una mitad ahora y la otra cuando estuviésemos trabajando ya en España. Este hombre le debía un favor a nuestro padre y se sentía agradecido. Aun así era demasiado dinero y por el momento no nos lo podíamos permitir, pero no nos rendíamos y seguíamos intentando reunirlo para conseguir nuestro sueño.

Sira se quedaba sola en casa todo el día mientras nosotros nos íbamos a trabajar. Se nos partía el alma cada vez que teníamos que despedirnos de ella dejándola sola en aquella choza, ambos sabíamos que le daba miedo quedarse allí pero no quedaba más remedio. Un día Saer entró por la puerta con una sonrisa y le entregó a nuestra hermanita una muñeca que había hecho con una mazorca de maíz y unos trapos, estaba bastante bien, él era muy mañoso y se notaba aunque lo negara. Aun así era algo de lo más imple, una muñeca de trapo y maíz, pero me atrevería a decir que en ese momento Sira fue la niña más feliz del mundo, nunca olvidaré la sonrisa y el brillo de sus ojos cuando cogió la muñeca y comenzó a acunarla en sus brazos. A partir de ese momento ella se sentiría algo menos sola.

Ambos admirábamos a nuestro hermano. Sobre todo yo, él era fuerte, alto, rápido, mañoso, la persona más valiente y trabajadora que he conocido y sobre todo nunca estaba dispuesto a rendirse. Siempre quise ser como él.

Mi padre, antes de morir, le había entregado a Saer un colgante de madera tallada en forma de león que antes que a él había pertenecido a su padre y a su abuelo y a muchos más valientes cazadores y recolectores de nuestra familia que antes que ellos habían luchado para salir adelante transmitiéndose de generación en generación al hermano que más lo mereciera. Aquel colgante simbolizaba el honor de nuestra familia y él siempre lo llevaba con orgullo en el cuello. Podría decirse que envidiaba a mi hermano, pero sabía que él se merecía ese colgante mucho más de lo que yo nunca me lo merecería.

Nos llevábamos muy bien y nos queríamos muchísimo, él me animaba y me daba fuerzas cuando yo estaba cansado y no podía seguir trabajando, muchas veces me daba parte de su comida, me cuidaba cuando estaba enfermo y siempre me sacaba de todo tipo de apuros. Era como un héroe para mí.

Había acabado la época de los cultivos y no nos quedaba más remedio que volver a trabajar a las minas. Era, sin duda, el peor de nuestros oficios. Trabajábamos en las canteras, minas a cielo abierto o incluso en galerías subterráneas muy profundas e inseguras, la escasez de aire nos asfixiaba, había demasiada humedad, debíamos resistir doce horas al día de duro trabajo con un descanso de tan solo treinta minutos. Muchos de nuestros amigos y compañeros de la infancia morían allí cada día pero no

había tiempo para entristecerse. El que no sabía ser fuerte estaba perdido.

Uno de tantos días de trabajo en la mina, vinieron de visita para “reparar las instalaciones” el presidente de la empresa minera y su mujer, dos blancos gordos, creídos y avariciosos, con sus ropas de calidad y sus innumerables joyas. ¡Cuánto los odiábamos!

Ese mismo día, tras la jornada de trabajo y ya cerrada la mina, volvíamos a casa cuando Saer se dio cuenta de que no llevaba su colgante, dijo que iba a volver a escondidas a buscarlo, que no me preocupara, que regresara a casa con Sira y le esperara allí, pero yo no estaba dispuesto a dejarle solo y le seguí.

Por suerte, esa noche, los vigías estaban custodiando a los señores presidentes y no merodeaban por allí. Entró en la galería y lo seguí, aunque algo más torpemente, al final logré alcanzarle, me regañó mucho, pero no me importó. Yo quería estar allí con él y serle útil por una vez en la vida.

Tanteábamos el frío y húmedo suelo de la zona de la mina en la que Saer en la que había trabajado aquel día, hasta que de repente los dos susurramos a la vez: “¡Lo encontré!”

Saer me dijo: “No Dady, lo tengo yo”, cuando en ese instante me di cuenta de que no era un colgante de madera lo que yo sostenía, también era un colgante, pero mucho más frío y pesado, parecía ser metálico. Se lo dije a mi hermano, me contestó que lo guardara, que luego veríamos que era el extraño objeto que yo había encontrado.

Salimos de la mina, era noche cerrada, recorrimos los siete kilómetros hasta nuestra casa corriendo, tropecé varias veces, pero Saer me llevaba de la mano y no permitía que me cayese, estábamos muy preocupados por Sira, sola en la choza a aquellas horas.

Al llegar a la cabaña, Sira estaba dormida, abrazada a su muñeca y aún con lágrimas en las mejillas de haber estado llorando. La arropamos y le secamos las lágrimas con cuidado de no despertarla.

Nosotros nos disponíamos a cenar cuando recordé el extraño objeto que llevaba colgado del cuello. Lo saqué, era un reloj de bolsillo de oro, Saer y yo estábamos asombrados. “¡Esto debe valer por lo menos cien euros!” exclamé yo, “no seas tonto Daby, puede valer mil o más, este reloj es nuestro pasaporte hacia Europa”. Por nuestras cabezas pasó la idea de devolvérselo a sus dueños, pero se disiparon inmediatamente, ideseábamos tanto salir de allí, dejar los duros trabajos y conseguir, al fin, nuestra ansiada

vida digna!, además ellos podían permitirse el lujo de comprar muchos más relojes y joyas. Lo que para ellos era tan solo un adorno serviría para algo mucho más importante.

Tuvimos que esconderlo casi una semana entera, Saer le fabricó una cavidad a la muñeca de nuestra hermana y lo ocultamos allí. Pasaron a registrar las chozas de todos los mineros, por suerte no encontraron nada.

Al final, Saer acordó una cita con un comerciante que nos compraría el reloj. Debíamos venderlo a toda costa y tenía que ser ya, se estaban levantando sospechas entre los mineros y se oían comentarios como: "... yo no les vi volver a casa", "¿no se quedaron Saer y Dady algo rezagados?", "tienen una conducta extraña", "¿no los has notado algo distraídos?"

Fuimos a hablar con Amath el comerciante y le mostramos el reloj:

_ Tal como te dije Amath, un reloj de bolsillo de oro macizo - le dijo Saer.

_ Os doy seiscientos euros - nos respondió el comerciante.

Debíamos arriesgarnos, era nuestra última oportunidad. Debíamos salir de allí rápido y que no nos cogieran con el dinero.

_ Mil euros es lo que yo creo que vale - le dijo mi hermano manteniéndose firme.

Yo tenía el corazón en un puño y sabía que él también pero no lo podíamos demostrar.

_ Os doy novecientos y ni un euro más, ya veréis lo que hacéis - nos respondió.

Tuvimos que aceptar, estábamos desesperados.

Vendimos la choza y algunas tierras de nuestro padre, que junto al dinero que teníamos ahorrado sumaron setenta euros más.

Fuimos a hablar con el hombre con el que mi hermano había conseguido negociar nuestro viaje. Al principio no parecía muy conforme, pero quedamos en pagarle los treinta euros que faltaban cuando estuviésemos trabajando en Tenerife.

Llegamos corriendo a Casamance, región del sur de Senegal de donde iban a salir dos pateras aquel día. Llegamos tarde. Sira y yo conseguimos subir pero Saer no cabía y no le dejaron embarcar. Se despidió de nosotros, me dio su colgante que yo no quise aceptar pero me obligó a coger y nos aseguró que embarcaría en la próxima patera. Nos alejamos de la costa mientras veíamos su figura cada vez más pequeña hasta desaparecer en la

distancia. Estaba desconcertado, bloqueado, me sentía completamente solo, era la primera vez que me separaba de mi hermano ¿y tenía que ser justo ahora...?

Pasamos tres días sin comer ni beber. Hubo un temporal y nuestra patera se estropeó, algo iba mal en el motor así que nos encontramos vagando por el mar, a la deriva, sin rumbo... Bastante gente empezó a morir, sobre todo ancianos, mujeres y niños y los que sobrevivíamos estábamos muy débiles, habíamos perdido casi toda esperanza de ser rescatados o de llegar a tierra. A mi lo único que me mantenía con fuerzas era el recuerdo de mi hermano y Sira; debía cuidarla y protegerla. Ella estaba horriblemente mal, era muy pequeña, yo le daba ánimos, sabía que no podía fallarle, que debía resistir con todas mis fuerzas. Apretando el colgante con mi mano derecha me sentía más seguro, era como si Saer estuviera allí con nosotros.

Al cuarto día vimos aparecer tierra en el horizonte, hubiésemos gritado de felicidad pero no nos quedaban fuerzas, no me separé de mi hermana ni un segundo, llegamos a la costa y algunas personas nos dieron agua y comida aunque otras nos gritaban y nos miraban con desprecio. Nos atendieron médicos, estábamos sanos y... sobre todo felices... por el momento.

La patera de mi hermano no llegó ese día, ni tampoco al siguiente... nunca llegó, se perdió en la tempestad, no hubo supervivientes...

No podía creérmelo, me enviaron junto con mi hermana a un centro de menores pero ya nada me importaba, había perdido a Saer... recordé todos los momentos que habíamos pasado juntos, el balón de trapo que me regaló por mi sexto cumpleaños, los días que pasamos recogiendo semillas de sol a sol, cuando me daba parte de su comida o me llevaba de la mano para que no me cayese, cuando me entregó el colgante de la familia y cuando nos despedimos en la costa con lágrimas en los ojos.

Sira y yo estábamos destrozados pero al final, con el paso del tiempo lo asumimos y decidimos mirar hacia delante. Saer querría que levantáramos la cabeza y aprovechásemos esta oportunidad que nos ha dado la vida.

Así que ahora estoy aquí en el día de mi dieciocho cumpleaños decidido a hacer, para mi y Sira, un hueco en este nuevo mundo.

CLAUDIA ROMERO GANUZA, 15 AÑOS
HUELVA
Tercer Premio, G. B.

CLAUDIA ROMERO GANUZA, 14 años.
Huelva
TERCER PREMIO G. B.